

SHIRLEY JACKSON

THE HAUNTING

LA

GUARIDA



El doctor Montague, un científico que investiga toda clase de manifestaciones sobrenaturales, alquila una lúgubre mansión encantada y reúne en ella a una serie de personajes peculiares que le servirán para sus indagaciones: una solterona tímida y nerviosa, una mujer cruel y egoísta, un hombre taimado e incrédulo.

Sin embargo, ninguno imagina que, a la par de los extraños fenómenos de ultratumba que les acompañarán durante su estancia en la macabra Hill House, todo ellos se verán envueltos por sus propios fantasmas y obsesiones.

Para Leonard Brown

I

1

Ningún organismo vivo puede prolongar su existencia durante mucho tiempo en condiciones de realidad absoluta sin perder el juicio; hasta las alondras y las chicharras sueñan, según suponen algunos. Hill House, que no era nada cuerda, se levantaba aislada contra el fondo de sus colinas, almacenando oscuridad en su interior; así se había alzado durante ochenta años y podría aguantar otros ochenta. En su interior las paredes permanecían derechas, los ladrillos encajaban perfectamente y las puertas estaban sensatamente cerradas; el silencio reinaba monótonamente en Hill House, y cualquier cosa que anduviese por ella, caminaba sola.

John Montague era doctor en filosofía; se había especializado en antropología, sintiendo, o más bien intuyendo, que en este campo podía aproximarse al máximo a su verdadera vocación: el análisis de las manifestaciones sobrenaturales. Usaba su título escrupulosamente porque, al ser sus investigaciones tan completamente acientíficas, tenía la esperanza de que su educación le otorgara un aire de respetabilidad o incluso de autoridad académica.

Le había costado mucho dinero y no menos orgullo, pues no era hombre acostumbrado a rogar, alquilar Hill House durante tres meses, pero tenía la esperanza de que sus esfuerzos serían compensados por el éxito que seguiría a la publicación de su obra definitiva sobre las causas y los efectos de las alteraciones psíquicas en una casa común-

mente conocida como «hechizada». Había buscado una casa decentemente hechizada durante toda su vida. Cuando oyó hablar de Hill House, se mostró dudoso al principio, luego esperanzado y por último imparable. No era el tipo de hombre que deja escapar Hill House una vez encontrada.

Las intenciones del doctor Montague respecto a Hill House derivaban de los métodos de los intrépidos cazafantasmas decimonónicos; se iría a vivir allí y vería lo que sucediera. De entrada, era su propósito seguir el ejemplo de la anónima dama que se alojó en Bellechin House y durante el verano convirtió su casa en una continua fiesta de escépticos y creyentes, cuyas principales atracciones eran el *croquet* y la observación de fantasmas, pero los escépticos, los creyentes y los buenos jugadores de *croquet* son más difíciles de encontrar hoy en día; el doctor Montague se vio obligado a contratar ayudantes.

Quizá las despreocupadas formas de la vida victoriana se prestaran mejor a las argucias de la investigación psíquica, o quizá la minuciosa documentación de los fenómenos hubiera sido abandonada como medio de determinación de sucesos reales; sea como fuere, el doctor Montague no solo tuvo que contratar ayudantes, sino que antes tuvo que buscarlos.

Como se consideraba una persona seria y meticulosa, empleó un tiempo considerable en la busca de sus ayudantes. Rastreó en los archivos de las sociedades psíquicas, examinó expedientes reservados de periódicos sensacionalistas, informes de parapsicólogos y recopiló una lista de personas que, de una u otra forma, en esta o aquella ocasión, aunque fuera breve o dudosamente, habían participado en sucesos paranormales. Los primeros eliminados de la lista fueron los fallecidos. Una vez hubo tachado los nombres de quienes le parecían buscadores de publicidad, los dotados de una inteligencia inferior a la normal, o los que no le parecían idóneos por su clara tendencia a ser el cen-

tro de todas las miradas, quedó una lista de unos doce nombres. A continuación, cada una de estas personas recibió una carta del doctor Montague en que les invitaba a pasar todo el verano o parte de él en una confortable casa de campo, vieja pero perfectamente dotada de electricidad, calefacción central, fontanería y colchones limpios. El propósito de la estancia, según indicaban claramente las cartas, era la observación y el examen de las varias y desagradables historias que habían circulado acerca de la casa a lo largo de la mayoría de sus ochenta años de existencia. Las cartas de Montague no decían abiertamente que Hill House estuviera encantada, porque el doctor era hombre de ciencia y mientras no experimentase una manifestación psíquica en Hill House no confiaba demasiado en el azar. En consecuencia, sus cartas poseían cierta ambigua dignidad calculada para despertar el interés de un tipo muy especial de lector.

La docena de invitaciones de Montague merecieron cuatro respuestas; los otros ocho candidatos presumiblemente se habían mudado sin dejar dirección de reenvío, o posiblemente hubieran perdido todo interés en lo sobrenatural, o incluso era posible que jamás hubieran existido. A los cuatro que respondieron, el doctor les escribió a vuelta de correo, señalando una fecha determinada en la que la casa se consideraría oficialmente dispuesta para ser ocupada, y adjuntando detalladas instrucciones para llegar a ella, ya que, según se vio en la obligación de explicar, resultaba muy difícil obtener información sobre cómo encontrar la casa, en particular entre la población rural de los alrededores. La víspera de su partida hacia Hill House, Montague fue persuadido de que admitiese entre su selecta compañía a un representante de la familia propietaria de la casa, y recibió un telegrama de uno de sus candidatos, que se retiraba de la partida aduciendo una excusa claramente inventada. Otro de los invitados ni escribió ni se presentó, quizá por haberse interpuesto un apremiante problema personal.

Los otros dos sí llegaron.

2

Eleanor Vanee tenía treinta y dos años cuando llegó a Hill House. La única persona del mundo a la que verdaderamente odiaba, ahora que su madre había muerto, era su hermana. Tampoco le caían en gracia su cuñado ni su sobrina de cinco años, y no tenía amigos. Esto era debido en gran medida a los once años que había pasado al cuidado de su madre inválida, lo que le había dejado cierta pericia como enfermera y la incapacidad de mirar al sol de frente sin pestañear. Nunca había sido verdaderamente feliz en su vida adulta; los años pasados con su madre habían sido devotamente organizados alrededor de pequeñas culpas y pequeños reproches, constante fatiga e inacabable desesperanza. Sin haberse propuesto volverse reservada y tímida, había pasado tanto tiempo sola, sin nadie a quien amar, que le resultaba difícil hablar con cualquier persona sin caer en el retraimiento y en una embarazosa incapacidad de encontrar palabras.

Su nombre había aparecido en la lista del doctor Montague porque cierto día, cuando ella tenía doce años y su hermana dieciocho, antes de cumplirse un mes de la muerte de su padre, lluvias de guijarros habían caído sobre su casa sin previo aviso, rompiendo ventanas y golpeteando enloquecedoramente en el tejado. Los guijarros siguieron cayendo intermitentemente durante tres días, a lo largo de los cuales Eleanor y su hermana acabaron menos desquiciadas por la insólita lluvia que por los vecinos y curiosos que

diariamente se congregaban ante la puerta principal, y por la ciega e histérica insistencia de su madre en que todo eso se debía a la maliciosa y calumniadora gente del barrio, que le habían tomado ojeriza desde el mismo momento en que llegó. Después de los tres días, Eleanor y su hermana se mudaron a la casa de una amiga y los guijarros nunca más volvieron a caer, a pesar de que Eleanor, su hermana y su madre volvieran a vivir en la casa y la hostilidad del vecindario no acabase jamás. El episodio fue olvidado por todos excepto las personas consultadas por el doctor Montague; en especial lo olvidaron Eleanor y su hermana, cada una de las cuales había supuesto en su momento que la otra era la responsable.

Durante toda su vida oculta, hasta donde alcanzaba su memoria, Eleanor había esperado algo como Hill House. Mientras cuidaba a su madre, levantando de su butaca a una anciana amargada para llevarla a la cama, preparando innumerables bandejas de sopa y gachas, armándose de valor para hacer la nauseabunda colada, Eleanor se había aferrado como un clavo ardiendo al convencimiento de que algún día ocurriría algo. Había aceptado la invitación a Hill House a vuelta de correo, por más que su cuñado hubiera insistido en llamar a un par de personas para asegurarse que el tal doctor no pretendía iniciar a Eleanor en ritos salvajes relacionados con asuntos irreconciliables con lo que una joven soltera debería saber.

—Quizá —susurró la hermana de Eleanor en la intimidad del dormitorio conyugal— ese Montague (si ese es su verdadero nombre), utiliza a las mujeres para algunos... experimentos. Ya me entiendes, esa clase de experimentos que acostumbran realizar.

La hermana de Eleanor se extendió con todo detalle en los experimentos que había oído que efectuaban esos doctores. Eleanor no tenía semejantes ideas o, de tenerlas, no le daban miedo. En pocas palabras, Eleanor hubiera ido a cualquier sitio.

Theodora era todo el nombre que utilizaba; firmaba «Theo» en sus bocetos y en la puerta de su apartamento, en el escaparate de su tienda, en la guía telefónica, en su papel de cartas y al pie de su preciosa fotografía que adornaba la repisa de la chimenea, solo figuraba el nombre de Theodora.

Theodora no se parecía en nada a Eleanor. Para ella, el deber y la conciencia eran atributos propios de un *boy scout*. El de Theodora era un mundo de delicias y colores suaves; había sido incluida en la lista del doctor Montague porque, entrando en el laboratorio con un efluvio de fragancia de flores, había sido capaz, sin saber muy bien cómo, de identificar correctamente dieciocho cartas de veinte; luego, quince de veinte y por último, diecinueve de veinte, las cuales sostenía un asistente del doctor fuera del alcance de su vista y oído. Theodora se había sentido halagada por la primera carta de Montague y contestó por pura curiosidad (quizá su despierta percepción la espoleaba a dirigirse a Hill House), pero tenía toda la intención de declinar la invitación. No obstante (quizá otra vez por culpa de ese sentimiento urgente e inquietante), cuando le llegó la carta de confirmación del doctor Montague, Theodora había caído en la tentación y de alguna forma se había enzarzado ciega y caprichosamente en una violenta disputa con la amiga que compartía su apartamento. Ambas se dijeron cosas que solo el tiempo conseguiría borrar; Theodora había destrozado despiadadamente la preciosa figurilla de su efigie que su amiga había esculpido, y esta había convertido cruelmente en confeti el volumen de Alfred de Musset que Theodora le había regalado por su cumpleaños, deteniéndose en especial en la página que recogía la cariñosa y festiva dedicatoria de Theodora. Ni que decir tiene que estas acciones eran de las que no se olvidan, y antes de que pudieran reírse juntas habría de pasar un tiempo; Theodora había escrito esa noche al doctor Montague aceptando su

invitación, y al día siguiente partió en medio de un frío silencio.

Luke Sanderson era un holgazán y un mentiroso. También era un ladrón. Su tía, que era la propietaria de Hill House, solía señalar que su sobrino había recibido la mejor educación, poseía la mejor ropa, el mejor gusto y frecuentaba las peores compañías que ella hubiera conocido; se habría aferrado a cualquier oportunidad de mantenerlo alejado de su círculo de amistades durante unas semanas.

El abogado de la familia tuvo que convencer al doctor Montague de que la casa no podía serle cedida con semejantes propósitos, sin la presencia supervisora de un miembro de la familia. En su primera reunión con Luke el doctor percibió en él una especie de fuerza, o de instinto felino de autoconservación, que le hizo desear, casi tan ansiosamente como a la señora Sanderson, que le acompañara a la casa. De cualquier modo, a Luke le pareció divertido, su tía quedó agradecida y el doctor Montague, más que satisfecho. La señora Sanderson dijo al abogado que, pasara lo que pasase, en la casa no había nada que Luke pudiera robar. La vieja plata labrada tenía cierto valor, le confió al abogado, pero representaba una dificultad casi insuperable para Luke: se necesitaba perseverancia para robarla y transformarla en dinero. La señora Sanderson cometía una injusticia con su sobrino. No era verosímil que Luke se alzara con la plata de la familia, ni con el reloj del doctor Montague, ni con la pulsera de Theodora; su deshonestidad se limitaba a birlar pequeñas sumas de la cartera de su tía y a hacer trampas con los naipes. También era propenso a vender los relojes y las pitilleras que le regalaban, cariñosamente y con leves sonrojos, las amigas de su tía. Algún día Luke heredaría Hill House, pero nunca había pensado que se encontraría viviendo en ella.

3

—Sencillamente opino que no debería coger el coche. Eso es todo —dijo tozudamente el cuñado de Eleanor.

—La mitad de ese coche es mía —repuso Eleanor—. Yo ayudé a comprarlo.

—Solo digo que no creo que deba cogerlo, eso es todo —insistió el cuñado, apelando a su mujer—. No es justo que ella lo utilice durante todo el verano y nosotros nos quedemos sin él.

—Carrie lo conduce sin parar, y yo casi nunca —repuso Eleanor—. Además, vosotros os quedaréis en las montañas el verano entero, y ahí no lo podéis utilizar. Carrie, sabes de sobra que no utilizaréis el coche en las montañas.

—Pero imagínate que la pobrecita Linnie cayera enferma o le sucediese algo, y que necesitáramos el coche para llevarla al médico.

—La mitad del coche es mía —se obstinó Eleanor—. Y pienso llevármelo.

—¿Te imaginas que Carrie se pusiera enferma? ¿Te figuras lo que pasaría si no pudiésemos conseguir un médico y necesitase ir al hospital?

—Pienso llevármelo y no hay más que hablar.

—No lo creo —replicó Carrie—. No sabemos a dónde vas. No te has dignado contarnos mucho de todo esto, ¿eh? Me parece que no tengo nada claro lo de dejar que te lleves mi coche.

—Sí me lo llevaré.

—No —dijo Carrie—. No te lo llevarás.

—Eso mismo —asintió su marido—. Nos hace falta, tal como dice Carrie.

Esta sonrió ligeramente.

—Jamás me lo perdonaría, Eleanor, si te dejara el coche y te ocurriera algo. ¿Cómo podemos fiarnos de ese doctor? Después de todo, aún eres una mujer joven y el coche vale mucho dinero.

—Bueno, Carrie, basta ya. He llamado a Homer y me ha dicho que gozaba de buena posición en no sé qué universidad.

—Por supuesto —repuso Carrie sin dejar de sonreír—. Sobran razones para suponer que es un hombre decente. Pero tú prefieres no decirnos a dónde vas, o cómo localizarte si queremos recuperar el coche; puede suceder algo y puede que nunca nos enteremos. Aun en el caso de que estuvieras dispuesta a irte al fin del mundo con cualquier hombre, seguiría sin haber razón para que te permitiéramos llevarte mi coche.

—La mitad del coche es mía.

—¿Te imaginas —insistió su cuñado— que la pobrecita Linnie cayera enferma allá arriba, en el pico de un monte, sin un doctor en muchos kilómetros a la redonda?

—De cualquier modo, Eleanor, estoy segura de hacer lo que madre hubiera considerado mejor. Madre tenía confianza en mí y nunca hubiera aprobado que te fueras así, precipitadamente y a saber dónde.

—Supón que yo me pusiera enfermo allá arriba...

—Estoy segura de que madre me habría dado la razón, Eleanor.

—Además —añadió su cuñado, inspirado por una idea súbita—, ¿cómo podemos saber que nos devolverás el coche en buen estado?

Tiene que haber una primera vez para todo, se dijo Eleanor. Se apeó del taxi a primerísima hora de la mañana, temblo-

rosa porque quizá para entonces su hermana y su cuñado estuvieran ya agitándose con los primeros indicios de sospecha. Sacó la maleta del taxi mientras el conductor cogía la caja de cartón que ocupaba el asiento delantero. Eleanor le dio una generosa propina, preguntándose si su hermana y su cuñado la estarían siguiendo, si quizá en ese mismo momento no estarían doblando la esquina y diciéndose: «Ahí está, justo como pensábamos. Ahí está. Maldita ladrona».

Se volvió hacia el amplio aparcamiento donde guardaban el coche, echando una nerviosa ojeada hacia los extremos de la calle. Se dio de bruces contra una señora bajita, enviando paquetes en todas direcciones, y vio con desesperación que una bolsa se rompía en la acera, desparrramando una porción de tarta de queso, tomates y una barra de pan.

—¡Oiga, tenga más cuidado! —exclamó la anciana—. ¡Era mi compra! ¡Maldita sea!

—Lo siento mucho —dijo Eleanor.

Se agachó pero parecía imposible recoger los tomates y la tarta y volver a meterlos en la bolsa rota. La anciana la miraba con ceño y aferraba sus otros paquetes. Finalmente, Eleanor se incorporó, disculpándose con una sonrisa.

—De verdad lo siento mucho —dijo.

—Maldita sea —masculló la vieja, aunque más sosegadamente—. Era mi almuerzo. Y ahora, gracias a usted...

—¿Me permite que se lo pague? —Eleanor sacó su monedero y la anciana arqueó las cejas.

—No puedo aceptar dinero así como así —dijo—. No he comprado estas cosas, ¿sabe usted?, eran sobras. —Se mordió el labio—. ¡Tendría que haber visto el jamón que tenían hoy! —exclamó—, pero se lo quedó otro. Y el pastel de chocolate. Y la ensaladilla. Y los pastelillos en sus platitos de papel. Llegué tarde a todo. Y ahora...

Ambas contemplaban el revoltijo de la acera. La anciana dijo: